

CRISIS DE LO PÚBLICO EN MEDELLÍN A MEDIADOS DE SIGLO XX: UNA PROBLEMÁTICA CULTURAL EN INTELLECTUALES Y MEDIOS IMPRESOS

ANDRÉS FELIPE
CARDONA RAVE³⁷

Solo el hombre culto es libre
Epicteto

Resumen: En la primera mitad del siglo XX un inusitado crecimiento económico-poblacional llevó a Medellín a pasar de provincia a ciudad sin estar preparada mentalmente para este reto. A lo anterior se le suma el efecto traumático que supuso la instauración de la dictadura del General Rojas Pinilla, coincidiendo con el momento más crítico de este proceso. En el presente trabajo se busca presentar cómo el contexto político-económico-social por el que atravesaba la ciudad de Medellín, en lugar de dar luces a un florecer intelectual, mitigó toda iniciativa llevando a una crisis en materia de crítica cultural, al mediatizar las fuentes de información y comunicación. Para ello se expondrá el tema de la cultura y los medios impresos, condensado finalmente en la problemática que supuso la revista cultural *Gentes* (1940-1970)

³⁷ Historiador de la Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín, 2013) y estudiante de Derecho de la Universidad Autónoma Latinoamericana - Unaula.

en la década de los cincuenta, como un ejemplo de la censura intelectual del momento.

Palabras clave: Cultura, información, medios impresos, opinión pública, intelectualidad.

Crisis of the public sphere in Medellín during the mid-20th century: A cultural problem in the intellectuals and printed media

Abstract: In the first half of the 20th century an unprecedented economic and population growth led to Medellín to pass from province to city, without being mentally prepared for this challenge. In addition to this, the traumatic effect, which involved the establishment of the General Rojas Pinilla dictatorship, coincided with the most critical moment of this process. The aim of this work is to present how the political-economic-social context by which the city of Medellín was going through, instead of shedding light on an intellectual blooming, weakened any initiative and lead to a crisis in terms of cultural critical thinking, by mediating the information sources and communication. For this purpose, the topic of culture and printed media will be discussed and finally condensed into the problem that meant the cultural magazine *Gentes* (1940-1970) in the 50's as an example of the intellectual censorship at the moment.

Keywords: Culture, information, printed media, public opinion, intellectuality.

El presente trabajo abordará las problemáticas que rodean el tema de la cultura en su relación con la información. Es así como en el siglo XX los medios de comunicación impresos adquieren una mayor responsabilidad en el momento en que trascienden al imaginario colectivo en la construcción de lo público, como espacio para el diálogo cultural. No obstante, se busca observar la responsabilidad informativa y el desarrollo de los medios impresos, en el caso particular de la revista cultural *Gentes*, en tiempos de la dictadura del General Gustavo Rojas Pinilla, un periodo de violencia en que reinó la censura, produciendo una clara decadencia en el proceso cultural que se había impulsado hasta entonces mediante el medio impreso, sesgando así la opinión pública debido a la prohibición de opiniones.

Para empezar hay que mencionar que este trabajo no pretende definir el término “cultura”, por lo que esta definición no será fruto de una

investigación exhaustiva. Busca insistir en que el dinamismo humano, manifestado en la cultura, alberga la más alta distinción que debe tenerse en cuenta para la concepción de identidad. Sin embargo, resulta necesario hablar, en primer lugar, qué se entiende por Cultura.

Etimológicamente, la palabra se deriva del término latino *cultura -ae*, el cual significa “cultura, agricultura y cultivo”, y se encuentra directamente relacionada con los términos *cultus -a -um*: “cultivado, cuidadoso, adornado”; así como con *cultus -us*: “cultivo, cuidado, modo de vestir, estilo de vida, cultura, refinamiento, lujo”. Es entonces cuando viene al caso la palabra griega Παιδεία (*paideia*: educación, cultura), mencionada por Werner Jaeger para explicar que en la sociedad griega (específicamente la espartana) se consideraba al cosmos como un sistema consciente y consecuente, y por ende, se creía *a priori* “que el más alto fin del estado era la *paideia*, es decir, la estructuración sistemática y por principios de la vida individual, de acuerdo con normas absolutas” (85). De ahí la imposibilidad de pensar la cultura en términos de individuos.

De esta manera, Plutarco, en *Vida de Licurgo*, expresa que “Ninguno era libre ni podía vivir como quería. En la ciudad, como en un campamento, cada cual tenía reglamentadas sus ocupaciones y su género de vida en relación con las necesidades del estado y todos eran conscientes de que no se pertenecían a sí mismos, sino a la patria” (Jaeger, 1933-1944). Finalmente, Werner Jaeger plantea la dinámica de la construcción cultural a partir de una hipótesis sobre la función de esta:

De la educación, en este sentido, se distingue la formación del hombre mediante la creación de un tipo ideal íntimamente coherente y claramente determinado. La educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser. En ella la utilidad es indiferente o, por lo menos, no es esencial. Lo fundamental en ella es καλόν, es decir, la belleza, en el sentido normativo de la imagen, imagen anhelada, del ideal (22).

De acuerdo con lo anterior, puede añadirse que cultura es todo aquello que los humanos han hecho o han añadido a la naturaleza mediante su inventiva o trabajo, y en esta medida, la especificidad de un grupo

son sus características culturales, y representan también su razón de vivir (Walker & Chaplin, 2002).

Asimismo, Gombrich (2004) explica que cultura no es sinónimo de erudición o amplio conocimiento de los documentos relativos a una ciencia o arte, sino articular e interpretar nuestro propio mundo. Luego, no es lo mismo haber leído a Shakespeare que comprender lo “shakesperiano”. Así, aunque el contenido material debe ser transmitido, la transferencia de la información no es garantía de la transmisión de sentido cultural. Para que una sociedad llegue a asimilar y a apropiarse de la cultura mediante la lectura de los vestigios materiales del pasado, hace falta la interpretación y asimilación de acuerdo a las necesidades de la misma que los hereda. De esta depende decodificar los códigos culturales en los que ha de efectuar el reconocimiento de sí y del otro. No se puede confundir “cultura” con “estar informado”.

El principal peligro que corre la institución universitaria con la burocratización consiste en que la universidad se vuelve un espacio de transmisión de conocimientos muertos sin sentido, como medios para la interpretación de la realidad. Solo se producen alumnos que “estén al día”. Inicialmente, hay que señalar que la preocupación por el sentido de la información como factor decisivo para la construcción de conocimiento ha estado inducida por el ámbito académico y la postura comprometida de los intelectuales, que buscan en el ámbito universitario la relación de la economía a la obtención de bienes y valores culturales. De igual forma, al derecho de los ciudadanos para acceder a ellos.

La información es un insumo indispensable para la producción y adquisición de conocimiento, y de igual forma, para el impulso de la dinámica económica. También es esencial para la formación integral del ser humano, la transmisión del acervo cultural del pasado, la participación en la vida comunitaria. Para que esto sea cierto, todo ciudadano ha de requerir que se cumplan condiciones indispensables para hacer surgir el sentido de identidad y pertenencia nacional y cultural. De ahí que requiera información para armar el sentido del mundo que lo rodea. Por tanto, resulta siempre conflictivo cuando un grupo étnico o nacional puede definir a otro como no humano o subhumano, entonces la cultura se convierte de súbito en algo exclusivo y específico.

La identidad hace parte de un comportamiento y un carácter que se va formando con la educación en la etapa de formación infantil y juvenil. Hace parte del acumulado de saberes que el individuo apropia como su tradición y que le ayuda no solo a identificarse, sino a relacionarse con su medio, así como de los relatos y la memoria comunes. Para el presente trabajo la cultura no es catálogos, nombres, fechas, batallas o asuntos de andar bien informado; por el contrario: cultura es la lucha del hombre contra los embates de la naturaleza y sus frustraciones físicas y espirituales.

Es sabido que el hombre lee el mundo como un libro abierto, y que percibe la información mediante los sentidos, mezclando estos con conocimientos y memorias ya existentes, de tal forma que en su cerebro/pensamiento produce una síntesis de todo ello (los psicólogos llaman a este proceso *apercepción*). Piénsese que los que interactúan, los observadores, no son solamente un par de ojos: tienen mentes, cuerpos, personalidades e historias, y es entonces que se ve cómo el conocimiento va más allá del dato escueto, más allá de la información en su estado más puro. El conocimiento informa y modula la visión, hace posible reconocer y comprender (Walker & Chaplin, 43).

En la frase “ver es creer” la tradición nos indica el valor de la visión para develar la realidad externa. Del mismo modo, la frase “las apariencias engañan” pone en entredicho a la primera, y de este modo se plantea un sentido crítico de cómo captar, asumir e interpretar toda la información que se recibe. En otras palabras: percepción y conocimiento son conceptos en invariable rivalidad.

Entonces ¿qué sabemos de lo que vemos, y qué vemos en lo que sabemos? En este punto se puede explicar la diferencia entre “visión” y “visualidad”. Los teóricos explican que lo primero se refiere a un proceso físico/fisiológico en que la luz impresiona los ojos; mientras que lo segundo tiene que ver con un proceso social: la visualidad es la visión socializada. Ante el problema de cómo se informa mediante la visualidad hay que agregar el hecho de que la visión no es inocente, la visión es informada por los diversos intereses y deseos del observador y por las relaciones sociales que existen entre quien percibe y lo percibido.

Si se tiene en cuenta la forma en que el hombre obtiene la información desde la aparición de la escritura, pero especialmente desde

la Ilustración y la prensa libre, es primordial reparar en los medios de comunicación impresos para comprender el tipo de información que circula en una comunidad determinada. Adjunto a ello el proceso en que el hombre se informa y cómo esta información le permite una cierta aprehensión de sentido del mundo. Es entonces cuando el publicista, la prensa y otros medios de comunicación tienen que adecuar su mensaje a la actitud predominante en el público. De esta manera el *statu quo* determina el contenido del mensaje.

Solo por presentar un caso se podría señalar que el periodismo en Colombia era una profesión que se ejercía sin título universitario, y solo se va a instaurar en la segunda mitad del siglo XX en Antioquia con la aparición de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Fundada en 1960, dedicada al estudio, la investigación, la producción, conservación y difusión de las disciplinas relacionadas con el periodismo, lingüística y literatura, y las comunicaciones. Antes de esta fecha, para escribir en los diarios locales y nacionales –y entonces ejercer el periodismo–, no hacía falta más que una vocación de escritor comprometido con el medio social. De esta manera, el periodismo en Colombia existió independientemente de la normatividad.

Los medios de comunicación tienen la misión de darle al público herramientas para que desarrollen pensamientos críticos; deben hacer que la sociedad sea capaz de distinguir de forma más precisa la función fundamental del ejercicio informativo. En síntesis, el pensamiento crítico es consecuencia de la libertad, pero el exceso de libertad, como la ausencia de ella, es traumático.

La pregunta por lo público nos remite a las múltiples maneras en que hombres, mujeres, grupos, códigos, identidades y sectores diversos de la sociedad han luchado por ampliar la esfera pública de la democracia, por obtener el derecho a la palabra pública, por hacerse oír y por dejarse ver. Así se plantea la pregunta: ¿a quién se reconoce como ciudadano? Y así se responde_ mediante dinámicas de reconocimiento en torno a quién tiene derecho hablar y a través de qué medios de expresión y comunicación. Pero hay otra lucha que no versa sobre quién habla, sino sobre qué está permitido hablar. Una lucha por la significación, por los modos de ver, nombrar y darle sentido al entorno.

Frente a este panorama oscuro y paralizante donde la información y la comunicación se ha encaminado a validar lo público, que como espacio de discusión y deliberación horizontal está secuestrado, hay que preguntarse bajo la óptica de la realidad de quién estamos viendo el mundo, porque “mientras los medios se pelean un trozo de noticia, violencia, declaraciones de guerra, corrupción, mezquindad, íconos del fútbol cuando más, pareciera que la otra realidad no existe para los periodistas. Se ha confundido el concepto de actualidad con el concepto de euforia” (Ánjel, 2003, 94). De ahí tuvo lugar el síndrome de “la chiva”: ese afán de decirlo primero que los demás sin soportarlo con el análisis. Como expresa Fernando Savater: “Mientras el periodista quiera ser el protagonista de los hechos y no un informador de ellos, la truculencia será la noticia”.

Ante esta realidad es necesario insistir en que para poder educar a la población, primero se debe fomentar la cultura; esto, con el fin de formar ciudadanos capaces de asumir su realidad social, cuestionarla y replantearla. La cultura hace posible que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos democráticos y desempeñar un papel activo y positivo en la sociedad, un reto que es desde hace tiempo es necesario asumir en las sociedades latinoamericanas y caribeñas. Pero fomentar cultura implica además desarrollar proyectos institucionales de producción, conservación, organización y divulgación de información.

A pesar de que a lo largo del siglo XX se padecieron toda clase de dictaduras y regímenes en toda Latinoamérica, Colombia fue un caso particularmente traumático, tanto en asuntos de cultura como en la conformación de la opinión pública. Esto, pues ante la represión electiva y la censura de prensa y demás órganos de información, el intelectual, más que hacer resistencia, decidió mutilarse de toda iniciativa. Así proliferó el silencio cómplice del olvido.

Para hablar en términos más específicos, señalaremos el caso de Medellín, que hacia mediados del siglo XX alcanza su *status* de ciudad. Es entonces que se le plantean ciertos problemas conceptuales, especialmente en lo relativo a la cultura: la consecución del título de ciudad desde parámetros estructurales, debía ser un logro parejo al de una ciudad en términos culturales e intelectuales. El problema radica en que Medellín alcanza el *status* de ciudad casi al mismo tiempo que se posiciona la dictadura.

Es interesante señalar que la postura de la intelectualidad colombiana en general optó por el silencio cómplice en el tiempo de la dictadura, pero una vez se restaura la democracia empiezan a brotar pensamientos críticos a sus contemporáneos. Una construcción democrática implica una mayor equidad simbólica, entendida como un orden más equilibrado de intercambio comunicativo en el consumo cultural, en el manejo de la información y en el acceso a los espacios públicos. De esta manera, es importante resaltar cómo un desarrollo democrático requiere de una cultura participativa, que parte de una ciudadanía con autodeterminación y de actores socioculturales, espacios mediáticos como las revistas culturales y literarias que se incorporan a la sociedad en el intercambio horizontal de símbolos y mensajes.

Más que un replanteamiento de la plaza pública, con la aparición y desarrollo de los diversos medios y tecnologías de la comunicación, asistimos a una ampliación y transformación del régimen de visibilidad democrática. Esta implica una acción decidida de grupos culturales no oficiales que llevan a cabo una acción decidida por activar procesos de organización y de gestión cultural para contribuir a la visibilización de los sujetos de derechos sociales con capacidad de participación política. La realidad no es unilateral, es polisémica y heterotópica; es, antes que nada, un compuesto de situaciones varias y es en este punto donde los medios no hacen una lectura de la ciudad otra.

Ramiro Montoya señala los peligros del lugar común:

Se aceptan ideas prefabricadas, se heredan conceptos y posiciones ideológicas, porque la inercia mental no permita discernir o el problema de contradecir trae consecuencias que puedan desbaratar la cómoda abulia en que se refugia nuestro estudiante, nuestro intelectual. Y, claro, el lugar común es toda una concepción del mundo que da la serena respuesta para todas las dudas o inquietudes posibles. Se establece, como entre correligionarios, una especie de pactos para ayudarse, acatarse y hacerse respetar. Cada uno defiende así su posición, sin el peligro de que pronto tenga que cambiarla, lo que resultaría poco fácil y poco útil (1955, 30).

Para ilustrar mejor lo anterior podemos ver que el verbo “comunicar” proviene de la voz latina *communicare*, que significa compartir, poner en común, hacer partícipe a los otros de lo que uno tiene: las ideas, los valores, los saberes, las opiniones, las angustias y frustraciones, las expectativas, los sueños (Velásquez, 1997, 57). La comunicación es una necesidad humana. El hombre se realiza mediante la interacción con los demás, en convivencia. Eso sí: de nada serviría tener al alcance los medios y la información sin haber creado antes la necesidad de estos, o que los hechos y el material informativo no fueran considerados por la propia sociedad como deseables. Es necesario educar a la sociedad en exigir la información, de la misma manera en que se exigen bienes económicos. La información también es un bien cultural; es más, en términos netos y objetivos, la información es un aspecto nuevo de la educación en la modernidad.

Así pues, la información y la comunicación son aspectos de suma importancia en la sociedad. De su adecuada ordenación y de su óptimo manejo depende, por un lado, la atención de los ciudadanos a los problemas que le son propios a la ciudad y a la ciudadanía, y por otro, a la existencia de un orden democrático fundamental. La construcción de lo público es la base necesaria para la convivencia y la resolución del conflicto social, y ello es posible en la medida en que la comunicación ejerza su función de mediación y cree condiciones para que diferentes significados y símbolos que produce un grupo humano puedan circular, convivir y mezclarse en igualdad de condiciones (Hornbeck & Ibarra, 2002, 8).

Así se explican las limitantes intelectuales que en su momento padeció la ciudad de Medellín, adicionales a las producidas por la imposibilidad de manejar el exagerado crecimiento poblacional que pasaría de 60.000 a 360.000 en poco más de cincuenta años. Además de todas las problemáticas, en que definitivamente se encontraba, para lograr una eficiente culturización, así como para suplir las necesidades de divulgación de la información, el caso más dramático podía percibirse en la calidad de educación que se impartía en las instituciones de educación:

Hay colegios que ni *enseñan*, ni *educan*, pero *gradúan*, a la sombra de una tolerancia que asusta. Y porque asusta, es bueno enumerar

algunas de las fallas de que adolecen, con miras a que los padres de familia dispongan de los suficientes elementos de juicio para formarse un criterio [...] esto es lo que no confrontan los padres de familia, que muchas veces se atienen a viejos conceptos por revisar sobre el prestigio de los establecimientos educacionales. Que muchas veces los profesores de sus hijos laboran a precio de hambre, sin percibir siempre las prestaciones que los códigos consagran, y que muchas veces también tales profesores ignoran las materias que le confiaron, las estudian a la par con los alumnos y las enseñan con su rutina desesperante [...] con colegios como los que acabamos de radiografiar, inútil es esperar una cosecha de verdaderos hombres de estudio, de profesionales serios y que honren su respectiva profesión. Colegios de profesores improvisados y mal pagados, sin disciplina de motivación interior, apenas son capaces de producir patanes en serie, graduados a la diablo, configurados para el descreste y el chanchullo (*Gentes*, 1956, 6).

Se pueden notar carencias en todos los aspectos culturales: desde calidad de la educación, la dictadura, la censura, el silencio de los intelectuales, el cliché, etc. A pesar de ello, se sigue teniendo confianza ciega en los medios impresos por algún motivo, como si fueran ajenos a toda esta problemática. Más aún si pudieran abrir un camino a la cultura por sí mismos. Sin embargo, la verdad es que el “poder de la prensa” tiene muchas más limitaciones que las que sugiere a primera vista.

En Colombia surgieron periódicos en muchas ciudades y pequeños pueblos, producidos gracias a imprentas manuales y de circulación local. Muchos de estos periódicos han desaparecido, o sus colecciones están incompletas. Son numerosos los que desaparecieron sin pasar del primer número, fenómeno que genera una categoría confusa en la que tienden a mezclarse, en los catálogos existentes de prensa del siglo XIX, hojas sueltas y otros impresos efímeros con publicaciones periódicas en sentido estricto (Melo, 2004). Así, el nuevo poder, el de la información, cae en manos de particulares: son las elites aburguesadas quienes tienen los recursos para sostener las publicaciones.

Como se señaló antes, es necesario aclarar que la crisis de los medios, la comunicación y la información, no se presenta únicamente en las

restricciones, sino en las libertades excesivas; y es por los movimientos sobre los que se construyen las libertades que surgen problemas mediáticos. Las concepciones liberales comprenden la libertad de expresión como un principio individualista, que al ser individual deja de ser social.

Pero la experiencia ha demostrado que el sistema de lo individual es el sistema del más fuerte. Desde el comienzo fue una apuesta muy arriesgada querer construir lo público desde lo individual, y entonces fue lo individual lo que mataría a lo público. Esto, puesto que desde los medios se controlaría, en gran medida, lo que el público veía y opinaba gracias a este cuerpo de poder de la edición. Lo que en un momento sería un llamado a la libertad individual, terminaría por suponer limitaciones para la sociedad. Luego, la libertad de expresión debería ser construida desde lo colectivo, y así este derecho se configuraría en la libertad de poder informar, de que cualquier suceso pueda ser relatado y difundido; así el hombre podría satisfacer un derecho que considera parte importante de su personalidad: el derecho a tener datos fidedignos sobre la realidad social en que se desenvuelve. Al respecto, Carlos Cossio expresa sobre esta problemática que:

Sin embargo la opinión pública no es la opinión del público. La opinión del público se da en cualquier situación colectiva y traduce un proceso simplemente cuantitativo de adición de opiniones personales. Como el caso de los espectadores ante un partido de fútbol, la opinión pública que también requiere una situación colectiva, no juega en cualquier situación colectiva. Los espectadores del partido no crean opinión pública, son los “expertos calificados” quienes validan el veredicto y dan las últimas palabras. La opinión pública es una opinión “autorizada” o “calificada” porque en alguna forma traduce “principios”. No es cuestión de cantidad de individuos, como en el voto. La opinión del público es simplemente la popularidad de una opinión pero la opinión pública es un hecho social (1958, 12-13).

Ya a finales del siglo XIX Emile Zola, por medio del caso Dreyfus, cuestiona el papel pasivo de los intelectuales con respecto a lo que acontecía en su entorno: es ese un llamado al hombre de letras por tomar

partido y señalar las injusticias. Hasta el siglo XIX las letras estuvieron en un severo divorcio con la realidad, eran los hombres de leyes quienes se dedicaban a escribir sobre lo jurídico, el literato se limitaba a contar historias. La participación de Zola en Dreyfus llama al letrado a tener postura, a mirar la realidad con ojos críticos, a no dejar que sea otra la voz la que opine sobre lo que acontece. El intelectual está llamado a denunciar injusticias y luchar por cambiar lo que no va bien; ya no puede limitarse únicamente a contar el mundo, pues él vive en el mundo y lo que acontece también le afecta. La reacción de Zola llama a una interdisciplinaridad honesta y total, así como Oscar Wilde fue llevado a juicio y se defendió a sí mismo, aunque no hubiese estudiado leyes ¿Por qué delegarle su defensa a alguien más solo porque sus estudios particularidades le otorgaban un carácter de “capacitado” para una función determinada? Lo público no es un terreno destinado a abogados y políticos. Lo público es un aspecto que afecta a todos los sectores de la sociedad; y, por lo tanto, lo público es algo que exige la intervención de todos los sectores de la sociedad.

Es necesario señalar que ni Zola ni Wilde pudieron abolir la máquina política que regía a la sociedad, pero sus derrotas no apagaron los posteriores impulsos por denunciar problemáticas y reclamar derechos violados. Incluso impulsaron el pensamiento crítico. Fue un llamado para que los intelectuales entendieran que su función no se limitaba a contar el mundo, para insistirles en que las acciones tendientes a cambiarlo están en manos de quienes asuman el compromiso de hacerlo, indiferente de su profesión.

El caso de la revista cultural *Gentes* es un ejemplo dramático de cómo la opinión pública fue un espacio de manipulación y censura del régimen nacional durante la década de los cincuenta. Su trabajo no intenta acercarse a una postura cultural desde lo actual: las represiones estudiantiles, la relación del dictador con el franquismo... la censura de prensa parecían tan inexistentes como el interés para el editor de la revista. La realidad que acusa es somnolienta y sosa, y su dinámica carece de vitalidad. En ella se refleja una Antioquia de cucaña, hermosa, provinciana, bucólica, plástica, que se derrumba ante el contraste con la realidad nacional. Esto se debe a que el juicio del editor está comprometido con

las restricciones del régimen y no le interesa alimentar a sus cinco mil espectadores de una opinión que les permita acercarse críticamente a la realidad, porque ello significa poner en riesgo su posición social. Es obvio que es más cómodo sentarse y aguardar a que los hechos se desarrollen por sí mismos, pero eso no significa una alternativa digna para un hombre de letras dedicado a la gestión del conocimiento, como lo fue Bernardo Blair Gutiérrez y otros intelectuales y pensadores del momento que, antes que la verdad y la crítica, optaron por la anestesia y la indiferencia.

Una postura crítica implica el conocimiento de los hechos cotidianos –al menos sugieren una valoración instantánea–, que lleva a adoptar en el mejor de los casos una visión consiente del mundo circundante. La vida misma y sus hechos más anodinos no dejan de ser críticos siempre. De ahí la necesidad de que los medios de información pongan en entredicho la cambiante realidad utilizando con ello la crítica. Criticar es crear matices, es fragmentar la información y los hechos, de manera que los elementos en ella queden exactamente delimitados: finalmente, criticar implica reconstruir.

Para entender a *Gentes* hay que tener en cuenta que es una revista de biografías, difusión y promoción de ciertas personalidades: no es una opción ni nueva ni rara. Las sociedades nuevas buscan en sus “hijos ilustres” un modelo a seguir. Bernardo Blair fue partícipe y promotor de la cultura en la ciudad antes de fundar *Gentes*, que desde el comienzo hasta el final sería manejada por él. La revista podría considerarse su mayor proyecto personal. Antes de la fundación de esta revista cultural, él ya se había desempeñado como “funcionario de la cultura con experiencia”, por lo que podía considerarse como alguien con criterio, de conocimiento para definir la cultura; y como proyecto personal impulsaría su propia concepción de cultura, moldeándola *a su imagen y semejanza*, por decirlo de algún modo. Cuando se hace un recorrido por la labor intelectual de Blair Gutiérrez no puede evitarse notar que se compone principalmente de biografías, inclusive su trabajo más destacado (refiriéndonos al que perduraría con mayor reconocimiento) es un trabajo biográfico: Don Marco Fidel Suárez, su vida y su obra.

Aquella época fue un periodo problemático. La dictadura clausuró entidades de divulgación, pero la revista *Gentes* se mantuvo activa en ese tiempo. Sin duda es uno de los elementos que nos debería generar dudas: desde la administración hasta el contenido.

Si ya antes se había mencionado la problemática de dejar a la comunicación y la cultura en la exclusividad de manos plutócratas, así como la información como efecto individual en lugar de social, podemos decir que resulta ser *Gentes* un caso, por mucho, más aberrante y perturbador cuando resulta no ser más que la proyección de la vanidad de una sola y única persona. En *Gentes* el compromiso estuvo siempre en carencia, las posturas nunca fueron tomadas en serio. Supuestamente eran “apolíticos”, pero demostraban la adhesión al gobierno de turno. Para la época, varios medios impresos fueron cerrados por no mostrarse incondicionales al gobierno, y Blair Gutiérrez podía darse el lujo de permitir que su revista cerrara. Ante toda afrenta que esta recibiera, él no podía menos que sentirla como si fuera contra sí mismo.

En el panorama general de la sociedad colombiana de mediados de siglo XX, la mayor problemática no radicaría en que Bernardo Blair Gutiérrez, el director de un medio tan masivo como era *Gentes*, tomara a la cultura de una forma tan distanciada de los fenómenos que le rodeaban. Lo realmente preocupante de toda esta situación es que ese quiebre divisorio entre cultura, sociedad y tiempo existiera y estuviera arraigado en el imaginario de los intelectuales que escribían en la revista y en el de sus cinco mil lectores.

Dice Memo Ángel que la ética es el derecho que tenemos de ser felices. La construimos con costumbres que consideramos buenas porque nos permiten leer lo positivo que hacemos; pero parece que los medios se han opuesto a la ética.

Escrito en Medellín, donde *Cultura* se escribe con *c* minúscula.

Referencias

- Ánjel, M. (2003). *Comunicación espacios y ciudad*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Cossio, C (1958). *La opinión pública*. Buenos Aires: Ed. Losada.
- Gombrich, E. (2004). *Breve historia de la cultura*. Barcelona: Editorial Península..
- Horlbeck, J. y Ibarra, M. A. (2003). Introducción de M. A. Ibarra (Ed.), *Comunicación para construir lo público*. Bogotá: Editorial Universidad pontificia Javeriana.
- Jeager, W. (1933-1944). *Paideia: los Idealices de la Cultura Griega* (15° Reimpresión). México D. F.: Fondo de Cultura Económica. (2001)
- Montoya, R. (1955). “Antonio José Restrepo. Un centenario de papel” en Revista *Gentes*. Año VI, Volumen V, Entrega 47, abril de 1955. Medellín. Colombia.
- Revista *Gentes*. Año VII, Volumen VI, Entrega 59, diciembre de 1956. Medellín. Colombia.
- Velásquez Betancur, J. A. (2005). *Comunicación, culturas y ciudad*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Walker, J. y Chaplin, S. (2002). *Introducción a la cultura visual*. Barcelona: Editorial Octaedro.

